

EL REENCUENTRO

Es difícil encontrar leña para mantener la llama del amor siempre encendida. Al final el amor se convierte en una especie de costumbre, en la que una persona se amolda a vivir con otra. Está claro que con los años ya no se puede sentir lo mismo que al principio.

El aburrimiento agravó nuestra relación durante la pandemia. Entre el confinamiento y las cuarentenas pasamos mucho tiempo en casa y eso fue algo negativo, porque avivó el enfriamiento, dejamos que se alojara entre nosotros la distancia. Vane hacía sus actividades (yoga, teletrabajar, disfrutar sus series favoritas, leer novelas históricas, hablar por Zoom con amigas y familiares, practicar recetas nuevas...) y coincidíamos en el salón, que era la zona de contacto en la que compartíamos el desayuno, la comida, el té de media tarde y la cena. Después de estas citas culinarias cada mochuelo regresaba a su olivo; a su estudio o al dormitorio, para dedicarse a lo que le apeteciese.

Mientras navegaba por internet buscando la receta de las carcamusas me topé con el anuncio de una web de citas que se llama Encontradiz@s y... entré. Mi nombre de guerra era Conantolemano. Conocí a muchas mujeres. Algunas solo buscaban sexo ocasional, otras huir del hastío, otras necesitaban encontrar pareja para salir de sus apuros económicos... Ninguna me llamó la atención hasta que empecé a hablar con una chica que se hacía llamar Palomatorcaz. Decía tener la misma edad que yo, vivía en Toledo y compartíamos aficiones. Le gustaba la música (la clásica y el jazz), adoraba la literatura, había leído mucho sobre la historia de Toledo, escribía poemas, le encantaba el cine... Su conversación me encandilaba, me gustaba, a diferencia de las demás, que me parecían mujeres muy superficiales, sin alma. Estaba casada, como yo, pero atrapada en la tela de araña de una relación en la que predominaba la apatía y la rutina. No se sentía ni valorada ni querida por su pareja.

Después de un tiempo decidimos dar el paso y conocernos. La cita era un miércoles por la tarde en el bar Yoguis. Palomatorcaz se presentaría allí con un vestido azul. Yo le comenté a Vane que esa tarde debía ir a la Biblioteca de Castilla-La Mancha a devolver unos libros y que después vería a un amigo. Ella me dijo que no le importaba, que acudiría al centro de estética Venus a hacerse la manicura y las cejas, y luego se iría a visitar a sus padres. De modo que tenía la tarde libre.

Aparqué en la plaza de las concepcionistas, muy cerca de la escultura de Beatriz de Silva del artista Cruz Marcos. Mientras subía por la calle Cervantes notaba cómo el corazón pasaba del trote al galope; tocaba rápido su tambor. Llevaba una rosa en la mano y la novela *El bolo feroz* que acababa de publicar el escritor Santiago Murakastre.

Antes de entrar en el bar me detuve unos instantes para respirar, para calmarme. Un, dos, inspirar y espirar. Me coloqué bien la mascarilla azul. ¿Cómo

sería Palomatorcaz? Por fin iba a ponerle cuerpo después de tantas conversaciones, de confesar numerosas confidencias. Ya era hora de salir de la caverna de Platón, pasar del mundo de las sombras informáticas a vernos tal cual, cara a cara. Tenía miedo, porque una cosa es el mundo virtual de internet y otra la realidad pura y dura.

Nada más pasar al Yoguis la vi. Estaba en un extremo de la barra del bar, de espaldas a la entrada, mirando su móvil. Tenía un vestido azul ajustado que remarcaba su figura. Era ella, mi Palomatorcaz, con la que había chateado tantas veces; una mujer que volvía a despertar en mí la ilusión por enamorarme de nuevo, una pasión como si fuese un adolescente. Me acerqué y le dije: “¡Cuánto he deseado este momento! Por fin nos conocemos.”

Ella se dio la vuelta y... apareció nada menos que Vane con su mascarilla de Betty Boop. ¡La leche! ¡Vaya casualidad! ¡No me lo podía creer! Ella también se llevó una sorpresa morrocotuda. De repente Palomatorcaz tomaba cuerpo en el de mi mujer; sí, mi Vane. Después del asombro inicial nos dio a los dos un ataque de risa.

Nos sentamos en una mesa del bar con unas cervezas y un pincho de tortilla. Hablamos sobre qué nos había sucedido, cómo es que nos gustábamos tanto a través del ordenador y, sin embargo, en nuestra convivencia estábamos pasando por un bache, con tanta monotonía y desilusión. ¿Por qué no sacar a relucir todo eso que nos atraía uno del otro mientras nos comunicábamos por ordenador? Y así fue cómo después de aquella experiencia tan extraña dejamos a un lado nuestros nombres para volver a ser Palomatorcaz y Conantolledano en nuestra casa. Desde entonces somos más felices. Sabemos que el amor consiste en tener voluntad para mostrar lo mejor de nosotros mismos y tratar de hacer feliz a la persona amada. El coronavirus nos trajo una vacuna especial: la de la felicidad de reencontrarnos, porque estábamos convirtiéndonos en dos extraños.